



Revista de Estudios en Seguridad Internacional

Vol. 2, No. 1 (2016)

Editada por:
Grupo de Estudios en Seguridad Internacional (GESI)

Lugar de edición:
Granada, España

Dirección web:
<http://www.seguridadinternacional.es/revista/>
ISSN: 2444-6157
DOI: <http://dx.doi.org/10.18847/1>

Para citar este artículo/To cite this article:

Guillem Colom, “La Defensa estadounidense, entre la revolución y la compensación”, *Revista de Estudios en Seguridad Internacional*, Vol. 2, No. 1, (2016), pp. 1-20.

DOI: <http://dx.doi.org/10.18847/1.3.1>

Si desea publicar en RESI, puede consultar en este enlace las Normas para los autores: <http://www.seguridadinternacional.es/revista/?q=content/normas-para-los-autores>

Revista de Estudios en Seguridad Internacional is licensed under a [Creative Commons Reconocimiento-NoComercial 4.0 Internacional License](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

La Defensa estadounidense, entre la revolución y la compensación

The U.S. Defense, between the Revolution and the Offset

GUILLEM COLOM

Universidad Pablo de Olavide. Sevilla, España

RESUMEN: El artículo repasa el planeamiento de la defensa estadounidense contemporáneo para trazar las pautas de continuidad existentes entre la Revolución en los Asuntos Militares que arrancó con la Segunda Estrategia de Compensación en la década de 1970, se desarrolló en la década de 1990 y se consolidó durante la Guerra contra el Terror, y la Tercera Estrategia de Compensación que lo orientará hasta 2030 y que posiblemente motivará una nueva revolución.

PALABRAS CLAVE: Estados Unidos, Revolución en los Asuntos Militares, Transformación, Estrategia de Compensación, política de defensa, política militar

ABSTRACT: The article reviews the U.S. contemporary Defense planning to establish the continuity patterns that exist between the Revolution in Military Affairs developed in the 1970s under the Second Offset Strategy, matured in the 1990s and succeeded during the War on Terror; and the Third Offset Strategy that will guide its Defense planning until 2030 and capable of inspiring a new revolution.

KEYWORDS: United States, Revolution in Military Affairs, Transformation, Offset Strategy, Defense policy, military policy

Recibido: 15 de marzo de 2016.

Aceptado: 18 de abril de 2016

Revista de Estudios en Seguridad Internacional, Vol. 2, No. 1 (2016), pp. 1-20.

<http://www.seguridadinternacional.es/revista/>

ISSN: 2444-6157. DOI: <http://dx.doi.org/10.18847/1.3.1>

INTRODUCCIÓN

“Estados Unidos es una nación tecnológica. Y es precisamente la sofisticación de su tecnología el principal símbolo de su poder” (Friedman, 1998: 16). Con esta evocadora cita acerca de la fascinación que tiene Estados Unidos por la tecnología comienza la obra *The Future of War*, publicada en 1998 por George Friedman –fundador de la consultora de inteligencia estratégica Stratfor– y su esposa Meredith. Basado en la idea de que las armas inteligentes revolucionarían la guerra y que la superioridad tecnológica de Estados Unidos le garantizaría la supremacía militar futura, este libro fue escrito cuando el país se hallaba en una situación excepcional: su gran antagonista había desaparecido, Washington se había consolidado como el gran polo del poder global, el mundo disfrutaba de una aparente paz y estabilidad, muchas naciones del antiguo bloque comunista deseaban integrarse en la esfera occidental, la economía norteamericana volvía a despegar y su hegemonía bélica parecía garantizada mediante la inminente conquista de una Revolución en los Asuntos Militares (*Revolution in Military Affairs* – RMA) que prometía inaugurar un estilo de combatir más limpio, eficaz, preciso y resolutivo.

Muchas de estas esperanzas se desvanecieron en Afganistán e Irak, cuya ocupación demostró una vez más la crudeza de la guerra. Aunque estas campañas demostraron las debilidades de este estilo de combatir en entornos irregulares y moderaron las proclamas de la década anterior; también permitieron al país madurar las tecnologías revolucionarias como el armamento inteligente, los sistemas no-tripulados o la cibernética, explotar nuevas formas de combatir y concebir las operaciones conjuntas en las dimensiones terrestre, aérea, naval, espacial y cibernética e identificar el soldado como el eslabón más débil de su maquinaria bélica. En la actualidad, consolidada la revolución, enterrada la Guerra contra el Terror, difundidas las tecnologías que conformaron el núcleo duro de la RMA, erosionada la supremacía militar que ésta le ha proporcionado durante cuatro décadas y con la mirada puesta en Asia-Pacífico, Estados Unidos vuelve a escuchar los cantos de sirena de la tecnología con el lanzamiento de la Tercera Estrategia de Compensación (*Offset Strategy*) para incrementar la brecha tecnológico-militar con sus potenciales adversarios, reemplazar el tradicional modelo de presencia avanzada y proyección del poder, y susceptible de culminar – tal y como hizo la Segunda Estrategia de Compensación en la década de 1970 – en una nueva RMA.

Precisamente, aprovechando la inminente publicación de la obra ‘De la Compensación a la Revolución: la configuración de la política de defensa estadounidense contemporánea (1977-2014)’, este artículo repasará el planeamiento estratégico americano desde el arranque de la Segunda Estrategia de Compensación hasta la consolidación de la RMA, la erosión de este régimen militar y final lanzamiento de una Tercera Estrategia de Compensación que, basada en la herencia de la RMA, orientará el planeamiento estratégico del país hasta 2030 y podrá motivar una nueva revolución que transformará el arte bélico.¹

LA REVOLUCIÓN

La caída del Muro de Berlín fue el detonante de una sucesión de cambios políticos que culminaron con el desmoronamiento del Bloque Oriental, la desaparición de la Unión Soviética y la reconfiguración del mapa europeo. Estos hechos marcaron el fin del sistema

internacional bipolar, situaron a Estados Unidos en la cúspide del orden mundial y obligaron a reestructurar las políticas de defensa de los antiguos bloques.

En este contexto histórico, el planeamiento de la defensa estadounidense estuvo marcado por el cobro del ‘dividendo de la paz’ (la reducción del gasto militar, la desmovilización de fuerzas y la reorganización de unidades); la configuración de los pilares estratégicos del país para la posguerra fría (la articulación de un orden hegemónico que impidiera emerger otro competidor regional o global) y la búsqueda de una RMA que prometía proporcionar a sus ejércitos el dominio militar frente a cualquier oponente, permitiendo reducir tanto el gasto en defensa como apoyar la estrategia de primacía que la Administración Bush perfilaría para construir el nuevo orden mundial (Colom, 2016; Mann, 2004).² Posibilitada por la revolución de la información, fundamentada en el liderazgo tecnológico-industrial del país y enfocada a ampliar la brecha militar con sus oponentes, esta revolución parecía ser la solución a todos los interrogantes estratégicos que debía responder Estados Unidos tras el final de la Guerra Fría (Tomes, 2012; Adamski, 2008a, Kagan, 2006; Sloan, 2002).

Considerada como el paradigma de un proceso de innovación militar exitoso,³ una RMA es una transformación en la forma de conducir las operaciones militares que resulta de la explotación de nuevas tecnologías, doctrinas y formas de organización. Este nuevo conjunto de capacidades militares⁴ convierte en irrelevante u obsoleto el modelo bélico prerevolucionario y proporciona una enorme superioridad al primer ejército que conquista la revolución. No obstante, éste podrá mantener esta brecha militar por un tiempo limitado, pues con el paso del tiempo las nuevas tecnologías se difundirán y sus adversarios intentarán emular (copiando de forma acrítica), asimilar (adaptando a su situación concreta) o desarrollar respuestas (en muchos casos asimétricas) para acabar con esta superioridad (Horowitz 2010; Colom, 2008: 38-47).

Aunque a lo largo de la Historia se ha producido numerosas RMA –desde las reformas de Jenofonte en el siglo V a.C. a la guerra nuclear en el siglo XX– que han transformado la manera de concebir y hacer la guerra, la revolución que Washington buscó en la inmediata posguerra fría y que se consolidó durante la Guerra contra el Terror⁵ empezó a gestarse en la década de 1970, coincidiendo con el advenimiento de la Era de la Información. Desde entonces, la informática, Internet, las comunicaciones por satélite, los sistemas de geolocalización, la robótica o la inteligencia artificial⁶ se han integrado en los ejércitos y han transformando sus procesos, prácticas, medios y capacidades. Sus mayores beneficios radican en proporcionar una capacidad sin precedentes históricos para obtener, filtrar e interpretar vastos volúmenes de información de interés militar, compartirla con los usuarios que la necesiten de forma casi instantánea y neutralizar cualquier posible amenaza con una rapidez y precisión sin precedentes en la Historia (Libicki 1994). Por lo tanto, no es extraño que los sensores (sistemas de mando, control, comunicaciones, ordenadores, inteligencia, observación y reconocimiento o C⁴ISR), las plataformas (invisibles a los sistemas de detección o dirigidas por control remoto) y las armas (de precisión o inteligentes) sean consideradas como los pilares de esta revolución cuyos efectos preliminares se observaron en 1991 (Colom, 2014b; Watts 2011; Adamski 2008b; Sloan 2002; Friedman 1998).⁷

Aunque individualmente estas tecnologías proporcionan grandes mejoras en la forma de concebir, planear y conducir las operaciones; lo realmente revolucionario es que todos los sistemas –tal y como puede observarse actualmente con la conectividad entre ordenadores, smartphones, tablets y otros dispositivos electrónicos– trabajen en red, permitiendo a

cualquier soldado conocer y controlar lo que sucede a su alrededor, bien sea reconociendo el terreno, identificando las amenazas, designando los objetivos o batiendo los blancos en función de su situación, amenaza o disponibilidad. Ésta es la premisa sobre la que se basa el concepto “sistema de sistemas” que, calificado como la esencia de esta RMA, permite acumular una inmensa cantidad de información sobre el área de operaciones, convertirla en inteligencia útil para las fuerzas que operan sobre el terreno y aprovecharla de inmediato para batir al adversario (Owens, 1995).⁸ El “sistema de sistemas” también sienta las bases de la “guerra en red”, un nuevo estilo de combatir fundamentado en el empleo de pequeñas fuerzas integradas en red, organizadas en enjambres, distribuidas por el campo de batalla y capaces de batir los objetivos enemigos antes de que éstos se percaten de que han sido descubiertos (Alberts, Garstka & Stein, 1999). Precisamente, la guerra en red no sólo será uno de los elementos centrales de esta RMA; sino también –fundamentándose en la interconexión en red y usando enjambres de robots terrestres, navales y aéreos (Scharre, 2014; Work & Brimley, 2014)– de la Tercera Estrategia de Compensación lanzada por el Pentágono a finales de 2014.

Resumiendo, la integración de sensores, decisores, plataformas, armas y tropas en red no sólo mejoraría el planeamiento y conducción de las operaciones, sino que sentaría las bases de una revolución que se produciría cuando las fuerzas armadas implementaran nuevas capacidades – doctrinas, organizaciones, adiestramiento, materiales, personal, liderazgo e infraestructuras – que exprimieran el potencial del “sistema de sistemas”. En consecuencia, para conquistar esta revolución no sólo debían obtenerse nuevas plataformas, sensores y armas o digitalizar los sistemas ya existentes para combatir en red; sino también desarrollar nuevas formas de actuación (acción conjunto-combinada, operaciones rápidas, decisivas y basadas en efectos, enfoque expedicionario y consolidación de los dominios espacial y cibernético); organización (adelgazamiento y flexibilización de las estructuras de mando e integración de las fuerzas operativas en red) y estilos de liderazgo (mando táctico descentralizado y control estratégico directo) (Watts 2011; Colom, 2008; Friedman 1998).⁹

En el plano práctico, esta revolución comenzó a gestarse tras la debacle de Vietnam a raíz de la crisis del tradicional modelo americano de combatir – de corte logístico y basado en la capacidad industrial del país para sostener una larga campaña bélica (Weigley, 1973) – y la creciente amenaza de guerra en el frente europeo (Tomes, 2012; Adamski, 2008; Kagan, 2006).¹⁰ Fundamentada en el sueño del Subsecretario de Defensa William Perry –que entre 1993 y 1997 serviría como titular del Pentágono y cuya labor sería esencial para consolidar la RMA– de “...descubrir cualquier objetivo hostil en cualquier momento, batir cualquier blanco divisado y alcanzar con un único disparo cualquier objetivo atacado”¹¹ y proyectada como una Estrategia de Compensación¹² que alterara el frágil balance de fuerzas en el frente central europeo a favor de la Alianza Atlántica en los setenta,¹³ esta revolución fue identificada por el generalato soviético¹⁴ y analizada con detalle por el Pentágono en los ochenta¹⁵. Sin embargo, no fue hasta el espectacular triunfo de la coalición liderada por Estados Unidos en la Guerra del Golfo cuando esta revolución alcanzó fama mundial.

En este sentido, no es de extrañar que esta RMA sedujera a la clase política, militar e industrial estadounidense y su búsqueda articulara su planeamiento de la defensa hasta la Guerra contra el Terror. No sólo parecía afín a la cultura estratégica del país¹⁶ y prometía suplir la reducción de efectivos humanos, materiales y financieros con tecnología;¹⁷ sino que también prometía a Washington la supremacía bélica futura y la posibilidad de

continuar utilizando el poder militar como herramienta de política exterior sin apenas costes políticos, económicos o sociales. En otras palabras, “...esta revolución ofrecía la posibilidad de hacer más con menos, permitiendo a Estados Unidos mantener su supremacía militar en una época marcada por importantes disminuciones en el gasto en defensa” (Sloan, 2002: 29).

Sin embargo, inicialmente el Pentágono mostró un tibio interés por esta posibilidad porque tras la debacle de la Unión Soviética su principal prioridad era acomodar los pilares estratégicos del país a la inmediata posguerra fría y trazar una estrategia de primacía que le permitiera conservar la hegemonía política futura. Solamente algunos actores clave –como el Secretario de Defensa Dick Cheney, el Subsecretario Paul Wolfowitz y el General Colin Powell– que años después volverían a ocupar importantes puestos en la Administración de George W. Bush y las fuerzas armadas –con la única excepción de la marina, temerosa de que la RMA convirtiera en obsoleta su formidable flota aeronaval y antisubmarina (Colom, 2014d)– se sumaron a las discusiones, atraídas por los efectos que podría tener esta revolución en la estrategia militar del país, en su estilo de lucha o porque podrían utilizarla como arma en sus pugnas internas por la asignación de recursos y la influencia política en una coyuntura marcada por la crisis financiera y el cobro del “dividendo de la paz” (Kagan, 2006; Mann, 2004; Larson, Orletsky & Leuschner, 2001).

Fue necesario esperar al año 1993¹⁸ para que el Pentágono no sólo empezara a considerar la utilización de las posibilidades que brindaba la revolución para resolver algunos de los interrogantes estratégicos que debía afrontar el país, como mantener la capacidad para combatir en dos conflictos geográficamente separados (Corea del Norte y Oriente Medio) con una estructura de fuerzas más pequeña que la mantenida durante la Guerra Fría;¹⁹ sino también comenzara a plantearse la búsqueda de esta revolución que estimaba cada vez más fundamental para mantener la hegemonía tanto en el campo de batalla como en los asuntos internacionales (O’Hanlon, 2000).

Tres años después, el Pentágono apadrinó la revolución con la elaboración de la Visión Conjunta 2010 (JCS 1996). Esta guía para el desarrollo de las capacidades militares en el horizonte 2010 avalaba su existencia, identificaba las capacidades futuras de sus fuerzas armadas y trazaba el camino a seguir para alcanzar esta revolución que prometía inaugurar un “nuevo estilo americano de combatir”.²⁰ En 1997, la clase política hizo lo mismo con la primera Revisión Cuatrienal de la Defensa (DoD, 1997). Esta hoja de ruta que guiaría la política de defensa de la segunda administración Clinton no sólo reconocía su existencia y apadrinaba los pilares de la revolución identificados por la élite militar; sino que entendía que su logro era vital para afrontar los peligros futuros y contribuir a la hegemonía política estadounidense hasta bien entrado el tercer milenio (Colom, 2016; Tomes, 2012; Kagan, 2006).

Para ello, se propuso aprovechar la “pausa estratégica”²¹ que estaba viviendo el mundo para desarrollar e implementar las capacidades revolucionarias, acomodar la arquitectura militar del país a los riesgos futuros y modernizar los materiales heredados de la Guerra Fría para mantener fuerzas suficientes para participar en cualquier conflicto que pudiera desatarse mientras se diseñaba el ejército del siglo XXI. Este proceso enfocado a lograr la revolución y preparar el entramado defensivo estadounidense para satisfacer los riesgos y amenazas que pudieran materializarse en las primeras décadas del tercer milenio recibió el nombre de Transformación.

Aunque esta hoja de ruta estimaba fundamental que Estados Unidos transformara su poder militar para conquistar la revolución y prepararse para un futuro incierto, la timidez de los cambios propuestos en la estructura de fuerzas y en el catálogo de capacidades militares; la baja dotación presupuestaria para el desarrollo y adquisición de nuevas capacidades (el objetivo de gasto propuesto inicialmente nunca se alcanzó)²² y la alta participación de sus fuerzas armadas en operaciones de apoyo a la paz y gestión de crisis (que ante la negativa del Congreso controlados por el Partido Republicano, tuvieron que sufragarse con fondos inicialmente destinados a la modernización de material y el adiestramiento de unidades), paralizaron *de facto* la transformación hasta la llegada de George W. Bush a la Casa Blanca (Larson, Orletsky & Leuschner, 2001: 83-120).

LA TRANSFORMACIÓN

El nombramiento del antiguo Gobernador de Texas como Presidente del país supuso el impulso definitivo a la RMA. Cautivado por las promesas de la revolución, asesorado por algunos de sus más acérrimos valedores y conocedor del papel que ésta tendría para apoyar la configuración del orden mundial del siglo XXI,²³ el Presidente Bush y su Secretario de Defensa Rumsfeld delinearon un ambicioso proceso de transformación para conquistar la revolución en el horizonte 2015-20 y preparar la arquitectura de defensa estadounidense para satisfacer los retos emergentes. Para ello, no sólo diseñaron una política de seguridad que enterrara el paradigma bélico de la Guerra Fría; sino que también emplazaron la transformación de la defensa –desde la estructura de fuerzas, catálogo de capacidades y patrones de despliegue militar hasta la organización, funcionamiento, administración y financiación del Pentágono– como una de las máximas prioridades de la administración republicana (Cimbala, 2010; Rumsfeld, 2002; Binnendijk, 2002; DoD, 2001).

No obstante, la transformación reemplazó a la revolución como marco del planeamiento militar estadounidense, tal y como lo atestiguaría la Revisión Cuatrienal de la Defensa presentada tras los sucesos del 11 de Septiembre (DoD, 2001). Esta fatídica fecha no sólo acabó con la “pausa estratégica” iniciada tras la desaparición del Pacto de Varsovia y marcó el inicio de una Guerra contra el Terror que se dilataría hasta la eliminación de Osama Bin Laden y cuyos efectos todavía continúan; sino que obligó a la Casa Blanca a replantear su política de defensa, convenciéndola de la extrema urgencia de acomodar su arquitectura de seguridad – un enorme, rígido y burocratizado entramado anclado en la Guerra Fría – al siglo XXI, acelerando su transformación y permitiéndole poner a prueba la revolución.²⁴

Fundamentada en torno a la búsqueda de Osama Bin Laden, el desmantelamiento de Al Qaeda y las campañas afgana e iraquí, la Guerra contra el Terror sirvió para descubrir los límites del poder militar estadounidense, acabar con la aparente unipolaridad del orden internacional de la posguerra fría y facilitar el auge de nuevas potencias capaces de limitar la influencia y disputar la hegemonía regional a Estados Unidos.²⁵

La puesta de largo del nuevo estilo americano de luchar se produjo en Afganistán, donde una pequeña fuerza constituida específicamente para la Operación Libertad Duradera, con apoyo aéreo permanente, colaborando con la Alianza del Norte (compuesta por clanes rivales no pashtunes), equipada con modernas tecnologías y usando sofisticadas tácticas derrocó al régimen Talibán, aisló a Al Qaeda en las montañas y en el vecino Pakistán e instauró un gobierno de transición afín a Occidente en poco más de un mes. Esta victoria

sorprendió al Pentágono, que pregonó que la forma en que se había librado la guerra era un signo inequívoco de que la revolución estaba a punto de consolidarse; por lo que propuso acelerar la transformación (Cimbala 2010; Kagan 2006).²⁶

Pocos meses después se iniciaron los preparativos para invadir Irak. Determinado a superar la sombra de Vietnam plasmada en la doctrina Weinberger-Powell,²⁷ el Pentágono diseñó un plan de operaciones que explotara la revolución e impulsara la transformación.²⁸ Tras un breve despliegue y concentración de fuerzas que disuadiera al régimen baazista sin obstruir las labores diplomáticas con Bagdad, una fuerza conjunta terrestre-anfibia con permanente apoyo aéreo paralizó el gobierno Iraquí, causó una total confusión entre las filas de sus ejércitos, anuló la oposición militar y logró una victoria fulminante, aplastante y aparentemente decisiva en pocas semanas (Gordon & Trainor, 2006).²⁹

Ambos triunfos parecían validar los primeros frutos de la revolución, el potencial de la transformación y la eficacia del *New American Way of War*. Sin embargo, tras el paso de las operaciones de combate a las labores de estabilización, factores como el pequeño volumen de fuerzas empleado,³⁰ el armamento utilizado, el limitado adiestramiento en materia de estabilización, reconstrucción o antiterrorismo, el desconocimiento de ambas sociedades o la falta de inteligencia humana sobre el terreno;³¹ combinados éstos con la inexistencia de planes coherentes para la pacificación o las equivocadas decisiones tomadas tras derrocar ambos regímenes, coadyuvaron para que estallara una insurgencia que puso en jaque a las autoridades locales y ha forzado a la comunidad internacional a dilatar la salida de Afganistán y forjar una coalición contra Daesh en Irak.

La aparición de la insurgencia cogió –tal y como sucedió en Vietnam– desprevenido al Pentágono que, seducido por la tecnología, había olvidado que la guerra es un choque de voluntades opuestas y que cualquier actor intenta explotar las debilidades de su oponente, combate con los medios que tiene a su disposición y usa las estrategias que mayores réditos le proporciona. Así, frente al tecnocéntrico estilo militar estadounidense, las insurgencias afgana e iraquí concibieron respuestas que explotaban las limitaciones del estilo militar y las vulnerabilidades del país.³²

La insurgencia no sólo reveló las carencias del nuevo estilo militar estadounidense en ambientes de baja intensidad y las limitaciones del modelo tecnocéntrico de la RMA; sino también lo difícil que es pacificar territorios hostiles, el precio humano y material que entraña cualquier cambio de régimen político por la fuerza o los nuevos requerimientos operativos motivadas por la participación en ambas campañas (Tomes 2012, Colom, 2010; Kagan 2006). Estos factores motivaron el abandono de la revolución de la agenda estadounidense y un cambio de rumbo de la transformación militar –de prepararse para los conflictos futuros a resolver los problemas presentes– que los ejércitos apadrinaron inmediatamente pero que no se formalizó hasta la Revisión Cuadrienal de la Defensa 2006 –que establecía las líneas maestras de la defensa del segundo mandato de Bush– y el nombramiento de Robert Gates como titular del Pentágono (Gates, 2009, DoD, 2006).

Este giro estratégico motivó que durante su estancia al frente del Departamento (2006-11), Gates centrara sus esfuerzos en la conducción de las campañas de Afganistán e Irak y la generación de capacidades adecuadas para la estabilización posconflicto, la construcción nacional o la contraingurgencia. Ello se materializó mediante ajustes en el planeamiento de la defensa (priorizando la resolución de los problemas identificados), programación militar

(redefiniendo, ralentizando o aplazando la compra de los grandes programas del Pentágono para liberar fondos que permitieran adquirir los materiales necesarios para las misiones presentes), estructura de gasto (sufragando las misiones en curso y manteniendo los estándares de adiestramiento y los planes de modernización) y estructura de fuerzas (incrementando los efectivos del Ejército y los Marines, reconvirtiendo grupos de artillería en unidades de infantería, incrementando las fuerzas de operaciones especiales, unidades de cooperación civil-militar, replanteando los ciclos de despliegue o regulando la presencia de contratistas militares); y se consolidó con la firma de la Directiva de Defensa 3000.07 de 2008, que situaba a la guerra irregular en el mismo plano que la convencional y requería a los ejércitos realizar cuántos cambios fueran necesarios para combatir eficazmente en ambos tipos de conflicto (Chad, 2011; Cimbala, 2010; Gates, 2009).³³

Sin embargo, la eliminación de Osama Bin Laden permitió al presidente Obama cerrar la Guerra contra el Terror,³⁴ adelantar los repliegues de Irak (2011) y Afganistán (2014, pero pospuesto hasta 2017); y sustituir el modelo estratégico vigente por un nuevo marco que guiará el planeamiento de defensa durante las próximas décadas (Colom, 2014a, 2013). Condicionado por tanto por las lecciones aprendidas de diez años de guerra –en especial las carencias de unas fuerzas armadas preparadas para luchar contra oponentes tecnológicamente avanzados cuando ha tenido que librar una guerra irregular, el coste que entraña el cambio de un régimen político por la fuerza y los límites del estilo americano de combatir– como por la situación doméstica e internacional actual, éste vuelve a enfocarse hacia el mantenimiento de la supremacía bélica frente a cualquier enemigo futuro mediante el arranque de un nuevo proceso de innovación militar capaz de motivar una nueva RMA.

Y es que, si bien la Guerra contra el Terror ha tenido funestos efectos sobre la política estadounidense y la seguridad internacional, ha revelado los límites de su poder militar y ha facilitado la consolidación de nuevos poderes regionales capaces de competir con Washington; ésta también ha vuelto a demostrar la imbatibilidad convencional del país, expuesto la brecha militar que existe con sus competidores y ha madurado las tecnologías y capacidades potencialmente revolucionarias (especialmente los drones, la robótica y la cibernética) hasta alcanzar la esperada Revolución en los Asuntos Militares que ha supuesto un gran salto cualitativo en la forma de luchar, puesto que la forma en que Estados Unidos lucha hoy poco tiene que ver como lo hacía en el pasado (Colom, 2016; Cockburn, 2015; Martinage, 2014). A pesar de ello, la supremacía militar americana ya no parece ser tan grande debido a la difusión de las tecnologías que articularon la pasada revolución y su integración tanto en los catálogos de capacidades de muchos países como su empleo en estrategias asimétricas; por la crisis económica, que ha obligado a reducir el montante total de la defensa³⁵ y también por la Guerra contra el Terror, que ha consumido vastos recursos, erosionado la institución militar, obligado a generar capacidades de limitada utilidad para conflictos de alta intensidad e impedido implementar los grandes programas de modernización proyectados en los años anteriores (Gutzinger, 2014; Davis & Wilson 2011). Aunque este nuevo modelo más afín a la cultura estratégica estadounidense comenzó a articularse a principios de 2012 con la presentación de la Guía Estratégica de la Defensa (DoD, 2012),³⁶ se consolidó a finales de 2014 con el lanzamiento de la Tercera Estrategia de Compensación (DoD, 2014b).

LA COMPENSACIÓN

Fundamentada en el legado de la RMA y en el liderazgo tecnológico de la industria americana,³⁷ este proceso de innovación militar pretende resolver los interrogantes estratégicos que debe afrontar Washington tras la Guerra contra el Terror y mantener –tal y como había prometido en la posguerra fría la anterior revolución– el nivel de ambición militar con menos recursos económicos, humanos o materiales y mayores constricciones políticas y ampliar la brecha de capacidades con sus potenciales adversarios. Más específicamente, se pretende incrementar la capacidad del país para proyectar su poder bélico en entornos anti-acceso y de negación de área (A2/AD),³⁸ reforzar la disuasión convencional e imponer un elevado coste de oportunidad a los potenciales adversarios que pretendan competir con el país en materia tecnológica.³⁹

Y es que desde la Guerra del Golfo de 1991, los potenciales adversarios del país han estudiado las características del nuevo estilo americano de combatir y se han dotado de las tecnologías (sistemas C⁴ISR para digitalizar la zona de batalla, armamento inteligente para batir con precisión los objetivos enemigos y plataformas invisibles o no-tripuladas para entrar en áreas de riesgo) y capacidades (acción conjunta, guerra en red, operaciones especiales o ciber guerra) vinculadas con la RMA (Martinage 2014; Horowitz 2010).⁴⁰ Por otro lado, también han desarrollado respuestas – como las medidas A2/AD – para impedir que Washington proyecte su poder y explote su potencial tecnológico-militar. En palabras del ex titular de Defensa Chuck Hagel: “...estamos entrando en una nueva era en la que nuestro dominio de los mares, cielos, espacio o ciberespacio no puede continuar dándose por sentado. Aunque mantenemos una enorme ventaja tecnológico-militar frente cualquier adversario, nuestra superioridad futura no es, ni mucho menos, evidente”.⁴¹

Más concretamente, el Pentágono considera que se enfrenta a cuatro grandes problemas a la hora de proyectar su poder:

- La vulnerabilidad de las instalaciones donde hay estacionadas fuerzas estadounidenses –como pueden ser las bases de Guam (Estados Unidos), Diego García (Reino Unido) u Okinawa (Japón) –compromete el modelo de presencia avanzada y de proyección del poder.
- Los adversarios del país se están dotando de sistemas C⁴ISR capaces de detectar, identificar y seguir cualquier movimiento estadounidense a grandes distancias.
- Los aviones no-furtivos, que representan el grueso de la flota aérea del país, son cada vez más vulnerables a las defensas antiaéreas enemigas.
- Los satélites –y con ello las capacidades que proporcionan, desde posicionamiento global y navegación a inteligencia, observación o comunicaciones– son cada vez más vulnerables a ataques físicos o cibernéticos.

En otras palabras, la difusión de las tecnologías que brindaron al país la supremacía bélica en la posguerra fría y que sentaron las bases de la RMA, junto con el desarrollo de medios A2/AD específicamente diseñados para limitar la superioridad militar del país, están incrementando la vulnerabilidad de las bases avanzadas, los buques de superficie, los aviones tripulados o los satélites espaciales. Ello reduce la brecha militar que produjo la RMA y reduce la utilidad del paradigma de presencia y proyección del poder vigente desde los albores de la Guerra Fría. Y cuando ello suceda, su modelo de disuasión convencional

se verá comprometido, el impacto de su presencia avanzada sobre la estabilidad regional se verá limitado y su papel de superpotencia se verá dañado (Martinage, 2014; Tangredi, 2013). En consecuencia, es probable que los aliados de Washington –en especial aquellos situados en Asia-Pacífico u Oriente Medio⁴²– cuestionen la capacidad del país para defenderlos en caso de necesidad, motivando un dilema de seguridad susceptible de iniciar nuevas carreras de armamentos, facilitar la proliferación nuclear e incluso transformar el actual sistema de alianzas (Martinage, 2014: 63-65).

En consecuencia, la Tercera Compensación se fundamenta en el legado de la RMA y en el potencial científico-tecnológico norteamericano para ampliar nuevamente la brecha militar entre Washington y sus oponentes, garantizar la capacidad para proyectar su poder bélico a cualquier punto del globo y reforzar los compromisos de seguridad existentes entre el país y sus aliados.

Para posibilitar el logro de estos objetivos, el Pentágono trazará dos líneas de acción: por un lado, explotará la supremacía que Estados Unidos mantiene en capacidades militares clave de la reciente RMA como son las operaciones no-tripuladas, las operaciones navales y aéreas a grandes distancias, las operaciones furtivas, la guerra submarina o la ingeniería e integración de sistemas para garantizar, con un ejército más pequeño pero tecnificado, la presencia avanzada y la proyección del poder en entornos A2/AD mientras refuerza su liderazgo estratégico y obliga a sus oponentes a emprender una carrera de armamentos que probablemente no podrán seguir, tal y como sucedió con la Segunda Compensación durante la Guerra Fría.⁴³ Por el otro, priorizará la disuasión convencional por negación (reduciendo la percepción del enemigo acerca de su capacidad para lograr sus objetivos militares) y la disuasión por castigo (garantizando la capacidad para realizar ataques de represalia contra objetivos de alto valor para manifestar que cualquier alteración del *statu quo* tendrá unos costes inasumibles para el atacante) (Martinage, 2014).⁴⁴ En cualquier caso, si no puede evitar la agresión contra los intereses estadounidenses o sobre sus aliados, Washington debe ser capaz de responder rápida y decisivamente para detener el ataque, forzar el cese de las hostilidades o conseguir una victoria incontestable sobre el enemigo (Mahnken, 2014).

Más concretamente, con la Tercera Estrategia de Compensación el Pentágono intentará:

- Combinar las capacidades “heredadas” (los sistemas procedentes de la Guerra Fría o que han entrado en servicio desde entonces) con el desarrollo de nuevos materiales y conceptos operativos que permitan al país combatir en toda la gama de las operaciones en múltiples teatros de operaciones de forma concurrente.
- Reducir la dependencia americana de las bases navales, aéreas y terrestres avanzadas.
- Protegerse de la pérdida o degradación de los satélites.
- Aprovechar la presencia global de sus fuerzas aéreas y navales, la capacidad de respuesta de su aviación y misiles y la eficacia de sus plataformas no-tripuladas.
- Explotar la capacidad de ataque estratégico de precisión para amenazar cualquier objetivo enemigo dentro o fuera del teatro de operaciones.
- Liderar una nueva carrera de armamentos explotando las áreas tecnológico-militares que lidera el país (como drones, inteligencia artificial, ciberespacio, guerra

submarina, ataque estratégico, integración de sistemas...) y donde sus adversarios todavía carecen del *know-how* necesario.

- Valerse de las alianzas entre el país y sus socios para posicionarse estratégicamente y compartir costes y responsabilidades de la defensa regional.

Planteada como la respuesta a los interrogantes estratégicos que se ciernen sobre Estados Unidos, la Tercera Estrategia de Compensación guiará el planeamiento de la defensa del país hasta 2030. Sin embargo, teniendo en cuenta que ésta empezará a implementarse en un entorno presupuestario restrictivo (Under Secretary of Defense, 2016); que varios proyectos de modernización no pueden dilatarse (el arsenal nuclear, el escudo antimisiles, los satélites o las cibercapacidades) (DoD, 2014a) y que tanto el desarrollo de los proyectos como la adquisición de los programas no podrá sufragarse incrementando el gasto o solicitando créditos extraordinarios, el Pentágono intentará combinar en la medida de lo posible los medios materiales heredados de la Guerra Fría o que han entrado en servicio desde 1991⁴⁵ con el desarrollo de las nuevas armas – drones estratégicos furtivos, nuevos bombarderos invisibles, robots de combate, ciberarmas, sistemas C⁴ISR o cañones electromagnéticos – que se convertirán en los puntales tecnológicos de las guerras del futuro (Carter, 2014).

Aunque esta estrategia guiará el planeamiento de defensa estadounidense hasta 2030, su desarrollo – y más concretamente la adquisición de los medios materiales, la obtención de los habilitadores necesarios o la investigación de las tecnologías revolucionarias – en un contexto marcado por la escasez de recursos financieros, humanos y materiales requerirá implementar impopulares medidas que motivarán controversias entre la clase política e industrial y resistencias corporativas en el estamento militar. Por un lado, se deberá modificar la estructura de fuerzas, el catálogo de capacidades, los patrones de despliegue y los equilibrios institucionales entre los tres ejércitos fijados por la Revisión Cuatrienal de la Defensa para el periodo 2014-19 (DoD, 2014). Por el otro, se deberá replantear la estructura de gasto del Pentágono para garantizar la financiación de los programas armamentísticos relacionados con la Tercera Compensación. En efecto, el desarrollo y adquisición de estos proyectos precisará unos fondos que deberán obtenerse con la reducción de la estructura de fuerzas, la racionalización de infraestructuras, procesos y programas, la externalización de servicios o la suspensión – como paso previo a la baja definitiva – de los planes de modernización de todos aquellos materiales considerados obsoletos para la nueva estrategia e incapaces de sobrevivir en entornos A2/AD, caso de la aviación de reconocimiento no-furtiva, la aviación táctica tripulada o las unidades mecanizadas (Martinage, 2014; Brimley et al., 2015).

CONCLUSIONES

A pesar de las enormes transformaciones acaecidas en el panorama internacional desde el final de la Guerra Fría, las reflexiones del Pentágono han girado en torno a la innovación tecnológica como motor del cambio militar y su planeamiento de la defensa se ha fundamentado –exceptuando la Guerra contra el Terror, que alteró el orden de prioridades propuesto inicialmente– en el mantenimiento de una brecha tecnológico-militar con sus potenciales adversarios como herramienta para lograr la supremacía militar y la hegemonía política. Este tecnocentrismo no se explica solamente por el liderazgo tecnológico-militar del país o por la capacidad de innovación de su complejo militar-industrial; sino también

por una cultura estratégica que prioriza la búsqueda de soluciones tecnológicas a cualquier problema estratégico, operativo o táctico que se cierna sobre el país.

En este sentido, en la inmediata posguerra fría el planeamiento defensivo estadounidense estuvo marcado por la búsqueda de la revolución que –fundamentada en la aplicación de las tecnologías de la información en el ámbito de la defensa– no sólo prometía contribuir al dividendo de la paz y solventar los interrogantes estratégicos del país una vez desaparecida la amenaza soviética; sino también ampliar su supremacía bélica frente a cualquiera de sus adversarios futuros. Aunque las campañas de Afganistán e Irak revelaron el nuevo rostro de la guerra y expusieron las limitaciones del nuevo estilo estadounidense de combatir, estos conflictos también permitieron acelerar la transformación hasta conquistar la revolución. Sin embargo, mientras Washington estaba articulando este cambio en la forma de combatir, las tecnologías vinculadas con esta revolución – armas inteligentes, drones, sistemas C⁴ISR o cibernética – se difundían globalmente, su acceso se democratizaba y numerosos países emulaban el modelo militar estadounidense, intentaban asimilar la revolución y adaptarla a sus necesidades o concebían medidas para acabar con la superioridad de esta RMA.

Hoy en día, una vez cerrada la Guerra contra el Terror y con la mirada puesta en la región Asia-Pacífico sin descuidar nuevamente Europa, el Departamento de Defensa ha lanzado un nuevo proceso de innovación militar susceptible de motivar una nueva RMA. Basada en las capacidades tecnológicas del país, enfocada a garantizar la capacidad de acceso a cualquier punto del globo con independencia de las medidas A2/AD enemigas y orientada tanto a incrementar el vínculo con sus aliados y socios como forzar a los potenciales competidores a iniciar una carrera de armamentos que sus complejos militares-industriales no deberían poder seguir en el corto-medio plazo, la consecución de la Tercera Estrategia de Compensación no sólo motivará el desarrollo de nuevos conceptos operativos, nuevas capacidades militares y nuevos estilos de planear y conducir las operaciones; sino también consolidar una nueva RMA.

Sin embargo, al volcar nuevamente su atención en la supremacía tecnológica como herramienta para garantizar la hegemonía política y orientar latentemente la estrategia hacia China, Estados Unidos no sólo corre el riesgo de olvidar las enseñanzas de la Guerra contra el Terror y obviar las tendencias estratégicas ajenas a la alta política, sino también convertir un hipotético conflicto entre Washington y Pekín en una profecía autocumplida.

El tiempo dirá cómo se configura y consolida este nuevo proceso de innovación militar que, de tener éxito, motivará una nueva Revolución en los Asuntos Militares que entrañará un nuevo salto en el arte de la guerra.

NOTA SOBRE EL AUTOR:

Guillem Colom es Profesor de Ciencia Política en la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla, y co-director y co-fundador de THIBER, the cybersecurity think tank

REFERENCIAS:

Adamski, Dima (2008a), *American Strategic Culture and U.S. Revolution in Military Affairs*, Oslo: IFS.

- (2008b), “Through the Looking Glass: the Soviet Military-Technical Revolution and the American Revolution in Military Affairs”, *Journal of Strategic Studies*, Vol. 31, No. 2, pp. 257-94.

Alberts, David; Garstka, John & Stein, Frederick (1999), *Network Centric Warfare: Developing and Leveraging Information Superiority*, Washington DC: CCRP.

Atta, Richard (2003), *Transformation and Transition: DARPA's Role in Fostering an Emerging Revolution in Military Affairs*, Alexandria: IDA.

Baqués, Josep (2015), “El papel de Rusia en el conflicto de Ucrania: ¿La guerra híbrida de las grandes potencias?”, *Revista de Estudios en Seguridad Internacional*, Vol. 1, No. 1, pp. 41-60.

Binnendijk, Hans (ed.) (2002), *Transforming America's Military*, Washington DC: NDU Press.

Boot, Max (2006), *War Made New: Technology, Warfare and the Course of History 1500 to Today*, Nueva York: Gotham Books.

- (2003), “The New American Way of War”, *Foreign Affairs*, Vol. 82, No. 4, pp. 41-58.

Brimley, Shawn et al. (2015), *Ideas in Action: Suggestions for the 25th Secretary of Defense*, Washington DC: CNAS.

Carter, Ashton & White, John (2001), *Keeping the Edge: Managing Defense for the Future*, Cambridge: MIT Press.

- (2014), “Running the Pentagon Right: How to Get the Troops What They Need”, *Foreign Affairs*, Vol. 93, No. 1, pp. 101-112.

Chad, Serena (2011), *A Revolution in Military Adaptation*, Washington DC: Georgetown University Press.

Cimbala, Stephen (ed.) (2010), *The George W. Bush Defense Program: Policy, Strategy & War*, Washington DC: Potomac.

Cockburn, Andrew (2015), *Kill Chain: the Rise of the High-Tech Assassins*, Nueva York: Henry Holt & Co.

Colom, Guillem (2016), *De la Compensación a la Revolución: la configuración de la política de defensa estadounidense contemporánea*, Madrid: IUGM-UNED.

- (2015a), “La Segunda Guerra Fría y el desplazamiento del balance de fuerzas en Europa”, *Ayer*, Vol. 99, No. 3, pp. 175-198.
- (2015b), “Rumsfeld Revisited: La tercera estrategia de compensación estadounidense”, *UNISCI Journal*, No. 38, pp. 69-88.
- (2014a), “La seguridad y defensa estadounidenses tras la guerra contra el terror”, *Colombia Internacional*, No. 81, pp. 267-290.
- (2014b), “El desarrollo conceptual de la Revolución en los Asuntos Militares”, *Revista Científica 'General José María Córdova'*, Vol. 12, No. 2, pp. 19-34.
- (2014c), “La revolución militar postindustrial”, *Revista de Estudios Sociales*, No. 50, pp. 113-126.
- (2014d), “Definiendo la Armada estadounidense del Siglo XXI”, *Revista del Instituto Español de Estudios Estratégicos*, No. 4, pp. 1-19.
- (2013), “Cambio y continuidad en el pensamiento estratégico estadounidense desde el final de la Guerra Fría”, *Revista de Ciencia Política*, Vol. 33, No. 3, pp. 675-92.

- (2012), “Vigencia y limitaciones de la guerra híbrida”, *Revista Científica “General José María Córdova”*, Vol. 10, No. 1, pp. 77-90.
 - (2010), “Los límites del poder militar estadounidense”, *Política y Estrategia*, No. 116, pp. 190-208.
 - (2009), *Entre la Revolución y la Transformación: la RMA y la configuración de los pilares estratégicos de Estados Unidos para el siglo XXI*. Madrid: UNED (tesis doctoral).
 - (2008), *Entre Ares y Atenea, el debate sobre la Revolución en los Asuntos Militares*, Madrid: IUGM.
 - (2007), “La Batalla Aero-Terrestre: ¿Una Revolución en los Asuntos Militares?”, *Revista Ejército*, No. 796, pp. 22-28.
- Department of Defense (2014a), *Quadrennial Defense Review*, Washington DC: GPO.
- (2014b), *The Defense Innovation Initiative*, Washington DC: GPO.
 - (2012), *Sustaining U.S. Global Leadership: Priorities for 21st Century Defense*, Washington DC: GPO.
 - (2006), *Quadrennial Defense Review*, Washington DC: GPO.
 - (2001), *Quadrennial Defense Review*, Washington DC: GPO.
 - (1997), *Quadrennial Defense Review*, Washington DC: GPO.
 - (1993), *Report of the Bottom-Up Review*, Washington DC: GPO.
- Friedman, George & Friedman, Meredith (1998), *The Future of War: Power, Technology and American World Dominance in the Twenty-First Century*, Nueva York: St. Martin’s Griffin.
- Gates, Robert (2009), “A Balanced Strategy: Reprogramming the Pentagon for a New Age”, *Foreign Affairs*, Vol. 89 No. 1, pp. 6-18.
- Gordon, Michael & Trainor, Bernard (2006), *Cobra II: The Inside Story of the Invasion and Occupation of Iraq*, Nueva York: Pantheon Books.
- Gutzinger, Mark (2014), *Shaping America's Future Military: Toward a New Force Planning Construct*, Washington DC: CSBA.
- Horowitz, Michael (2010), *The Diffusion of Military Power: Causes and Consequences for International Politics*, Princeton: Princeton University Press.
- Ikle, Alfred & Wohlstetter, Albert (eds.) (1988), *Discriminate Deterrence*, Washington DC: GPO.
- Joint Chiefs of Staff (2015), *Joint Publication 1-02: Department of Defense Dictionary of Military and Associated Terms*, Washington DC: DoD.
- (1996), *Joint Vision 2010*, Washington DC: GPO.
- Jordán, Javier (2014), “Una introducción al concepto de innovación militar”, *Análisis GESI 6/2014*.
- Kagan Frederick (2006), *Finding the Target: the Transformation of American Military Policy*, Nueva York: Encounter.
- Kitfield, James (2005), *War & Destiny: How the Bush Revolution in Foreign and Military Affairs Redefined American Power*, Washington DC: Potomac.
- Krepinevich Andrew & Watts Barry (eds.) (2015), *The Last Warrior: Andrew Marshall and the Shaping of Modern American Defense Strategy*, Nueva York: Basic Books.

- Krepinevich, Andrew; Watts, Barry & Work, Robert (2003), *Meeting the Anti-Access and Area-Denial Challenge*, Washington DC: CSBA.
- Larson, Eric; Orletsky, David & Leuschner, Kristin (2001), *Defense Planning in a Decade of Change: lessons from the Base Force, Bottom-Up Review, and Quadrennial Defense Review*, Santa Monica: RAND.
- Libicki, Martin (1994), *The Mesh and the Net: Speculations on Armed Conflict in a Time of Free Silicon*, Washington DC: NDU Press.
- Mahnken, Thomas (2014), *Cost-Imposing Strategies, a brief primer*, Washington DC: CNAS.
- Mann, James & Mann, Jim (2004), *The Rise of the Vulcans: The History of Bush's War Cabinet*, Nueva York: Penguin.
- Martinage, Robert (2014), *Toward a New Offset Strategy: Exploiting U.S. Long-Term Advantages to Restore U.S. Global Power Projection Capability*, Washington DC: CSBA.
- O'Hanlon, Michael (2000), *Technological Change and the Future of Warfare: Understanding the Revolution in Military Affairs*, Washington DC: Brookings.
- Owens, William (1995), "The Emerging System-of-Systems", *Proceedings*, Vol. 121 No. 1105, pp. 35-39.
- Posen, Barry (2003), "Command of the Commons: The Military Foundation of U.S. Hegemony", *International Security*, Vol. 28, No. 1, pp. 5-46.
- Rumsfeld, Donald (2002), "Transforming the Military", *Foreign Affairs*, Vol. 8, No. 3, pp. 20-32.
- Scharre, Paul (2014), *Robotics on the Battlefield: The Coming Swarm*, Washington DC: CNAS.
- Singer, Peter (2009), *Wired for War: The Robotics Revolution and Conflict in the 21st Century*, Nueva York: Penguin.
- Sloan, Elinor (2002), *The Revolution in Military Affairs*, Montreal: McGill-Queens.
- Tangredi, Sam (2013), *Anti-Access Warfare: Countering A2/AD Strategies*, Annapolis: USNI.
- Tomes, Robert (2012), "An Historical Review of U.S. Defense Strategy", *Defense & Security Analysis*, Vol. 28, No. 4, pp. 303-315.
- Under Secretary of Defense (2016), *FY 2017 Budget Request*, Washington DC: GPO.
- Watts, Barry (2011), *The Maturing Revolution in Military Affairs*, Washington DC: CSBA.
- Weigley, Russell (1973), *The American Way of War: A History of United States Military Strategy and Policy*, Bloomington: Indiana University Press
- Work, Robert & Brimley, Shawn (2014), *20YY: Preparing for War in the Robotic Age*, Washington DC: CNAS.

¹ Este trabajo complementa y actualiza, mediante la inclusión de la Tercera Estrategia de Compensación, las argumentaciones trazadas por un artículo anterior que traza la evolución del pensamiento estratégico estadounidense en tres grandes etapas: posguerra fría (1989-2001), Guerra contra el Terror (2001-12) y transición estratégica (2012-) (Colom, 2013).

² Posen (2003) entiende que cualquier estrategia de primacía debe basarse en una superioridad tecnológica que permita proyectar el poder en los espacios comunes (océanos, aire, espacio y ciberespacio). Esta idea no sólo ha estado presente hasta hoy; sino que también está latente en la Tercera Estrategia de Compensación recientemente planteada por Estados Unidos para ampliar su brecha militar futura (Colom, 2015b).

³ En general se entiende que cualquier innovación militar posee tres elementos característicos: es un cambio en el modo de operar de los ejércitos; tiene un impacto significativo e incrementa notablemente la eficacia

bélica (Jordán, 2014). Aunque una innovación puede producirse tanto en tiempo de paz como en guerra, es probable que ésta – bien porque un conflicto pone a prueba los planteamientos previos u obliga a adaptarse a sorpresas bélicas – se acelere durante una guerra, tal y como ha sucedido con la RMA de la información (Chad 2011, Colom, 2016; 2008).

⁴ Una “capacidad militar” está compuesta por Doctrina, Organización, Adiestramiento, Material, Liderazgo y Educación, Personal e Infraestructuras, siendo la tecnología un elemento necesario pero no suficiente para desarrollar una nueva capacidad militar (Joint Chiefs of Staff, 2015, A-51).

⁵ Aunque el último estudio que versa sobre esta RMA sitúa su consolidación entre los años 2025-35 (Watts 2011), existe una enorme disparidad de opiniones que comprenden desde las que estiman que la revolución se produjo en los años ochenta hasta las que consideran que se solaparán en el tiempo (Colom, 2008: 147-51). No obstante, el autor del artículo entiende que ésta ya se ha producido porque la manera en que se ha combatido en Irak y Afganistán (normalizando el uso de *drones* y armas inteligentes, operando de manera conjunta o explotando el ciberespacio) es distinta que en el pasado, porque muchos potenciales adversarios del país se están dotando de las capacidades vinculadas con la revolución y porque Washington ha lanzado un nuevo proceso de innovación militar susceptible de culminar en una nueva RMA.

⁶ La mayoría de estas tecnologías – Internet, GPS, *drones*, proyectiles de precisión, plataformas furtivas o sistemas C⁴ISR – habían sido desarrolladas por la *Agencia Avanzada de Proyectos de Investigación de Defensa* (DARPA) del Pentágono y formado parte del programa *Assault Breaker*, uno de los pilares de la Segunda Estrategia de Compensación. Para conocer con más detalle las estrechas vinculaciones entre DARPA y la RMA, véase Atta (2003).

⁷ Aunque la opinión pública recuerda esta guerra por las imágenes de las bombas de precisión alcanzando sus objetivos y los aviones “invisibles” penetrando las defensas enemigas, el armamento de precisión solamente representó el 10% de los proyectiles lanzados por Estados Unidos (algo que contrasta con el 70% empleado en 2003) y los aviones furtivos – que debían ir escoltados permanentemente por cazabombarderos – el 7% (Cockburn 2015; Singer 2009).

⁸ Este concepto fue forjado por el almirante William Owens – una de las principales autoridades militares del Pentágono entre 1994 y 1996 – que sostenía que los pilares tecnológicos de la RMA ya existían porque eran el resultado de las inversiones millonarias para enfrentarse a la Unión Soviética. No obstante, lo realmente revolucionario era esta integración de todos los elementos de la fuerza en un “sistema de sistemas” que proporcionara información, casi a tiempo real, de todo lo que sucede en el campo de batalla y batir con precisión prácticamente cualquier objetivo desde grandes distancias y sin apenas daños colaterales.

⁹ Aunque esta receta para conquistar la RMA fue propuesta por Washington, los países que se sumaron a la revolución emularon – exceptuando Francia, crítica con la concepción tecnocéntrica estadounidense – este modelo que también se aplicó a la OTAN. La única excepción es China, cuya *Revolución en los Asuntos Militares con características chinas* pretende que el país pueda combatir en “guerras locales en ambientes de alta tecnología” a la vez que explota las carencias del estilo militar estadounidense.

¹⁰ Aunque el acta final de Helsinki (1975) significó un hito en la distensión este-oeste, ambas superpotencias se hallaban en un dilema de seguridad: el equilibrio del terror que proporcionaba la Destrucción Mutua Asegurada evitaba un conflicto total pero no imposibilitaba una guerra limitada en Europa. Además, el desequilibrio estratégico en el continente se había ampliado: Estados Unidos había sufrido una humillante derrota en Vietnam y muchos temían que el país había abandonado la carrera de armamentos con la Unión Soviética; la OTAN observaba con temor la modernización del arsenal soviético y muchos socios recelaban del vínculo trasatlántico porque creían que Washington se estaba desvinculando de la seguridad europea y buscaba compromisos bilaterales con Moscú. Cuando el ejército rojo perfiló los nuevos planes de operaciones para invadir Alemania sin que la OTAN pudiera responder con armas nucleares y desplegó sus misiles en la frontera soviética, la segunda guerra fría empezó a configurarse y los peores miedos de Occidente se hicieron realidad. Este contexto permite comprender la génesis de la RMA (Colom, 2016; 2015a).

¹¹ Comparecencia de William Perry en el Comité de las Fuerzas Armadas del Senado (28 de Febrero de 1978).

¹² La Primera Estrategia de Compensación arrancó en 1955 con la *New Look* de la defensa estadounidense, que priorizaba el empleo de armamento nuclear para reducir el montante total de la defensa del país y suplir la superioridad convencional soviética. Ésta se plasmó en la construcción de un imponente arsenal atómico, la configuración de la tríada nuclear y la codificación de la represalia masiva (Martinage, 2014).

-
- ¹³ Diseñada por el Secretario de Defensa Harold Brown, la Segunda Estrategia de Compensación pretendía aprovechar el potencial tecnológico occidental para multiplicar el poder militar aliado, equilibrando la superioridad cuantitativa soviética sin recurrir al armamento nuclear en caso de desatarse una guerra en Europa. Plasmada en la *Batalla Aeroterrestre* norteamericana, esta iniciativa sentaría las bases de la RMA. Obsérvese la similitud existente entre esta iniciativa y la Tercera Estrategia de Compensación que guiará el planeamiento defensivo estadounidense hasta 2030 (Colom, 2016; 2007).
- ¹⁴ Aunque Estados Unidos fue el promotor de esta innovación militar, los primeros en identificar su potencial revolucionario fueron los estrategas soviéticos, que articularon el concepto *Revolución Técnico-Militar* para alertar de que estos avances tecnológicos permitirían a la OTAN detener una agresión soviética en Europa Occidental sin recurrir al empleo del arma nuclear, alterando con ello el balance de fuerzas existente en el continente (Colom, 2015a; Adamski, 2008b).
- ¹⁵ La potencial existencia de una *Revolución Técnico-Militar* suscitó el interés del analista estadounidense Andrew Marshall, cuyo influjo no sólo sería vital para consolidar la RMA, sino también para articular la Tercera Estrategia de Compensación (Krepinevich & Watts, 2015). Marshall, mentor de varias generaciones de analistas de defensa que han ocupado puestos clave en el Pentágono y en los principales *think tanks* del país, lideró varios grupos de trabajo para dilucidar si estos cambios podían transformar el arte de la guerra y cómo Washington debía proceder para conquistar la revolución. El grupo más influyente y partidario de las tesis revolucionarias congregó a expertos como Albert Ikle, Albert Wohlstetter, Zbigniew Brzezinski, Henry Kissinger y Samuel Huntington (Ikle & Wohlstetter, 1988).
- ¹⁶ Definida como el conjunto de factores objetivos (geografía, demografía, economía o historia) y subjetivos (ideas, valores o tradición militar) que explican la percepción que tienen los estados acerca del empleo de la fuerza o su predilección por un estilo bélico por encima de otro, la cultura estratégica condiciona la defensa nacional y la cultura militar. En este sentido, la estadounidense tiende a ser antiintelectual, ahistórica, antiestratégica, optimista, pragmática, tecnocéntrica, industrial y mecanicista (Adamski, 2008a). En consecuencia, la RMA – y actualmente la Tercera Compensación – se adapta a su cultura estratégica.
- ¹⁷ Exacto, esta revolución también parecía constituir la solución a los problemas de las sociedades avanzadas de fin de siglo, como podían ser la erosión del modelo de ciudadano-soldado y el fin de la conscripción universal (algo que en Estados Unidos tuvo lugar en 1973), la disminución del gasto militar, la creciente participación en operaciones de gestión de crisis, la necesidad de conservar la supremacía militar frente a adversarios futuros, y muy especialmente, parecía enmendar la creciente dificultad de las sociedades post-heroicas para emplear la fuerza militar como herramienta política (Colom, 2014c).
- ¹⁸ Ello coincidirá con la consolidación conceptual de la RMA y la elaboración de la *Bottom-Up Review*, planteada por el ejecutivo demócrata como la primera gran revisión de la defensa estadounidense de la posguerra fría (DoD 1993).
- ¹⁹ Discurso del Secretario de Defensa Les Aspin en la Universidad Nacional de la Defensa (16 de Junio de 1993).
- ²⁰ El *New American Way of War* fue concebido a finales de la década de 1990 para definir el estilo militar propio de la RMA que, fundamentado en la superioridad tecnológica, el pleno conocimiento del campo de batalla y la capacidad para realizar ataques de precisión desde grandes distancias, permitiría al país obtener victorias rápidas, limpias y contundentes frente a cualquier adversario (Boot 2003).
- ²¹ Entendido como el periodo comprendido entre la desaparición de la Unión Soviética y la emergencia de un nuevo competidor global, este concepto fue empleado por primera vez de forma oficial por el Secretario de Defensa Les Aspin en la *Bottom-Up Review*. Ampliamente utilizada por la Administración Clinton para justificar sus decisiones en defensa, fue muy criticada por la oposición, que pretendía aprovechar la aparente estabilidad de la posguerra fría para transformar la defensa para alcanzar la RMA.
- ²² Es conveniente comentar que para financiar la RMA se lanzó una *Revolución en los Asuntos de Negocios* que, basada en la promoción de economías de escala, la centralización de los procesos de obtención de material, la simplificación y flexibilización de los procedimientos administrativos, el empleo de tecnologías duales o la externalización de servicios, permitiera optimizar la gestión de la defensa y garantizar los fondos necesarios para sufragar la revolución (Carter & White, 2001).
- ²³ Aunque esta convicción puede observarse en varias declaraciones públicas, es muy significativo su primer discurso preelectoral en materia de defensa, escrito por Richard Armitage y dictado en la Academia Militar de Charleston (Carolina del Sur) el 23 de Noviembre de 1999 (Kitfield 2005, Colom, 2009).

-
- ²⁴ Esbozado por los *Vulcanos* – Dick Cheney, Donald Rumsfeld, Colin Powell, Condoleezza Rice, Paul Wolfowitz y Richard Armitage – y similar al documento *Rebuilding America's Defenses* elaborado por el neoconservador *Project for a New American Century*, el programa de defensa de Bush para los comicios del 2000 pretendía retirar las fuerzas desplegadas en operaciones de paz, limitar las intervenciones en el exterior a la defensa del interés nacional, preparar las fuerzas armadas para combatir en los conflictos futuros y orientar el gasto hacia la construcción de un sistema antimisiles y la transformación de la arquitectura de seguridad y defensa del país para conquistar la RMA (Kitfield, 2005; Mann, 2004).
- ²⁵ Codificado en la *Estrategia Nacional de Seguridad* (2002), la Guerra contra el Terror se eliminó de la jerga oficial tras el nombramiento de Obama y se reemplazó por *Overseas Contingency Operation*, utilizado en la justificación del gasto de las misiones, *War Against Al Qaeda* presente en la *Estrategia Nacional de Seguridad* (2010) o *The Persistent Threat of Terrorism* planteado en la edición de 2015.
- ²⁶ En este sentido, obsérvese el discurso de Bush en la Academia Militar de Charleston (11 de Diciembre de 2001), las palabras de Rumsfeld en la Universidad Nacional de la Defensa (31 de Enero de 2002) o los parámetros sobre los que se articuló el controvertido ejercicio *Millenium Challenge* (2002), que debía validar todos los principios de la RMA y acabó sugiriendo las limitaciones del nuevo estilo militar estadounidense.
- ²⁷ Elaborada por el Secretario de Defensa Caspar Weinberger en 1984 y refinada por el Jefe de la Junta de Jefes de Estado Mayor Colin Powell en 1991, esta doctrina plantea que las fuerzas armadas del país se usen como último recurso, de manera aplastante, con objetivos estratégicos y fines políticos definidos. Planteada para evitar otro Vietnam, fue desechada por Rumsfeld al considerarla anacrónica, obsoleta y restrictiva.
- ²⁸ No obstante, su elaboración fue motivo de controversias entre Rumsfeld y la cúpula militar en relación a la estrategia a seguir y las fuerzas a emplear en la invasión de Irak.
- ²⁹ A tal efecto, obsérvese las declaraciones del Secretario Rumsfeld y el General Franks – comandante de la fuerza multinacional en Irak – ante el Comité del Senado para las Fuerzas Armadas (9 de Julio de 2003) o el discurso del Subsecretario de Defensa Wolfowitz en la Escuela de Guerra Naval (20 de Junio de 2003).
- ³⁰ Las estimaciones realizadas por los mandos militares fijaban unos volúmenes de fuerza comprendidos entre los 100.000-150.000 efectivos para Afganistán y los 350.000-500.000 para Irak. Sin embargo, la invasión de Afganistán comenzó con poco más de 5.000 soldados y la de Irak con menos de 100.000 debido a la determinación de Rumsfeld para explotar el nuevo estilo americano de combatir.
- ³¹ Paradójicamente, ello permitió que la controvertida *Agencia Nacional de Seguridad* (NSA) se convirtiera en un actor imprescindible en ambas campañas al proporcionar ingentes volúmenes de información telefónica y cibernética sobre los actores insurgentes y consolidara la vertiente cibernética de la RMA.
- ³² Entre estas debilidades destacan la volubilidad de la opinión pública doméstica y la presión de la comunidad internacional; el pánico a las bajas propias y el temor a los daños colaterales; el sometimiento a unos usos y costumbres de la guerra restrictivos y anacrónicos; la ansiedad por los costes políticos y efectos electorales de las operaciones; la exigencia de restringir su alcance, impacto y duración; la reticencia a utilizar fuerzas terrestres en operaciones o la necesidad de emplear la fuerza de forma limitada y restrictiva.
- ³³ Ello, a su vez, facilitará la consolidación del concepto de “guerra híbrida”, que combina el uso de medios regulares e irregulares a la vez que explota la propaganda, la guerra informativa o las ciberoperaciones, tal y como puede observarse actualmente en Ucrania (Baqueés, 2015; Colom, 2012).
- ³⁴ Aunque los documentos estratégicos estadounidenses continúan subrayando la importancia de combatir el terrorismo internacional y Washington se halla liderando la operación contra *Daesh*, esta misión es la quinta en el orden de prioridades trazado por la *Revisión Cuatrienal de la Defensa* (DoD, 2014a: 61).
- ³⁵ En 2011 se aprobó la *Ley de Control Presupuestario* que reducía la base de gasto militar – la partida necesaria para garantizar el funcionamiento mínimo del Pentágono – a los 487.000 millones de dólares, una cifra que podría reducirse a la mitad si no se contenía el déficit público. Además, se introdujo un mecanismo de *sequestration* de un 7% adicional que se activaría si gobierno y oposición no consensuaban el gasto, tal y como sucedió en 2013. No obstante, desde entonces se ha incrementado esta base de gasto: 526.800 (2014), 495.600 (2015), 534.300 (2016) y 582.700 (2017) (Under Secretary of Defense, 2016).
- ³⁶ De hecho, el contenido de esta estrategia – elaborada por el ejecutivo para presentar un plan de ajuste previo al debate presupuestario de 2013 y bloquear la acción del legislativo – ha sido formalizados en la *Revisión Cuadrienal de la Defensa* (2014) y en la *Estrategia Nacional de Seguridad* (2015). Además, en el

plano militar, muchas de sus provisiones ya se habían insinuado en la *Estrategia Militar Nacional* (2011) y codificado en el *Concepto Cardinal para las Operaciones Conjuntas* (2012) (Colom, 2013).

³⁷ Aunque tradicionalmente la mayoría de los avances tecnológicos procedían del ámbito militar – y en el caso estadounidense, de DARPA – hoy muchas de las tecnologías punteras (robótica, guía remota, visualización, biotecnología, miniaturización, computación avanzada y *big data* o impresión 3D) proceden del sector civil. De hecho, ésta es la idea sobre la que se basa el *Plan de Investigación y Desarrollo a largo Plazo* (2014) que apoyará las propuestas tecnológicas de la industria civil norteamericana para madurarlas e integrarlas en los sistemas que serán esenciales para consolidar esta estrategia.

³⁸ En términos generales, mientras las estrategias anti-acceso pretenden dificultar el despliegue de fuerzas en el teatro de operaciones, las de negación de área buscan dificultar la conducción de operaciones en zonas donde el adversario no impide el acceso (Krepinevich, Watts & Work, 2003). Aunque las medidas A2/AD han sido una preocupación latente de los estrategas americanos desde la Administración Clinton, la proliferación de sistemas antiaéreos, misiles antibuque, misiles de crucero, armas antisubmarinas y una amplia gama de medios asimétricos por parte de países como China o Irán están obligando a Washington a plantear cómo proyectar el poder en estos entornos y lanzar la Tercera Compensación.

³⁹ Discurso del Secretario Hagel en Simy Valley (15 de Noviembre de 2014).

⁴⁰ En la ponencia *The Third U.S. Offset Strategy and its Implications for Partners and Allies* (28 de Enero de 2015), el Subsecretario Work sostiene que estos desarrollos se resumen en armas nucleares, misiles antibuque, defensas antiaéreas, misiles balísticos y de crucero, ciberfuerzas, guerra electrónica y operaciones especiales.

⁴¹ Discurso del Secretario Hagel en Newport (3 de Septiembre de 2014).

⁴² Aunque en Europa Occidental – a pesar de las numerosas súplicas de Washington para que incremente su gasto militar y así sostener su propia seguridad y apoyar el vínculo trasatlántico – difícilmente se produciría una carrera de armamentos a raíz de la creciente asertividad rusa, Estados Unidos está comenzando a reforzar nuevamente su presencia militar en la región para garantizar su compromiso con sus aliados y socios.

⁴³ Aunque siempre se menciona la carrera de armamentos – y muy especialmente la “Guerra de las Galaxias” – iniciada por Ronald Reagan como uno de los factores que contribuyó a la crisis sistémica de la Unión Soviética, es necesario recordar que la Segunda Estrategia de Compensación también fue crucial. De hecho, el Mariscal Nicolai Ogarkov – máxima autoridad militar soviética entre 1977 y 1984 – alertó que las nuevas tecnologías (armamento guiado, *drones* y sistemas C⁴ISR) desarrolladas por Estados Unidos permitirían a la Alianza Atlántica derrotar al Pacto de Varsovia sin recurrir al empleo de armamento nuclear. En consecuencia, si Washington lograba minar la estrategia soviética de mantener un volumen de fuerzas convencionales mayor que el aliado y no depender de la disuasión nuclear para garantizar la seguridad europea y el vínculo trasatlántico, el equilibrio que existía entre ambos bloques en la región desaparecería irremediabilmente. Además, constató que Moscú carecía de la preparación técnica, la organización o la infraestructura industriales necesarias para desarrollar estas tecnologías, por lo que no podría competir con Estados Unidos en una carrera de armamentos basada en las tecnologías de la información (Adamski, 2008; Kagan, 2006; Atta, 2003).

⁴⁴ Como puede observarse, se obvia el papel del arsenal nuclear como razón última de la disuasión nacional y pilar de la disuasión extendida como compromiso del país con la seguridad de sus aliados. En este sentido, aunque la doctrina americana fija que un ataque con este tipo de ingenios podría motivar una respuesta atómica, el énfasis en los medios convencionales parece sugerir que el país pretende sustituir la disuasión nuclear extendida por la disuasión convencional para así evitar verse envueltos en un conflicto nuclear por una crisis limitada en Europa, Oriente Medio o Asia-Pacífico.

⁴⁵ Precisamente, muchos sistemas armamentísticos que entraron en servicio entonces – como el tanque *M1-Abrams*, el helicóptero de ataque *AH-64 Apache*, el misil de crucero *Tomahawk*, los aviones invisibles *F-117 Nighthawk* y *B-2 Spirit* o el sistema antiaéreo *AEGIS* que montan muchos navíos, por poner algunos ejemplos – eran producto de la Segunda Compensación y constituyeron la base de la pasada RMA (Colom, 2016).